

14 bis

# Don Quijote

---

Número extraordinario en honor de los Boers.



**Precio, 25 céntimos.**

Ayuntamiento de Madrid



# Don Quijote

Número extraordinario en honor de los boers

— — — — —  
ABRIL 1902



*La venta de este número la dedicamos á comprar una corona de laurel y oro, que enviaremos en nombre de España al anciano Krüger para que él, á su vez, nos haga el honor de remitírsela al vencedor de lord Methuen, al heroico general boer Delarey.*

---

Imp. de A. Marzo, calle de las Pozas, 12.

Ayuntamiento de Madrid



## Declaraciones de Krüger.

Mi opinión y mis esperanzas no han cambiado. Son hoy lo que eran antes de la guerra y en el principio de las hostilidades. Confío en que Dios no abandona jamás á su pueblo. El que funda sus esperanzas sobre la fe en Dios, no construye sobre arena. Esto no quiere decir que Dios no humille á veces á su pueblo y le pruebe por duros trabajos. Pero no lo hace para abandonarlo á sus propias fuerzas, sino para salvarlo.

El salmo 83 contiene el atentado del demonio contra Jesucristo: «Esto, dice Satán, no debe existir.» Las mismas palabras han dicho los ingleses: «Ese pueblo no debe existir.» Y Dios ha respondido: «Ese pueblo existirá.» ¿Quién triunfará al fin? Ciertamente, el Señor.

Yo he pronunciado estas palabras el día 7 de Mayo de 1900. Las repito hoy con una inmensa gratitud hacia Dios.

Hasta el presente, la ayuda divina no nos ha faltado. Este pueblo existirá porque Dios reina en él, y contra su reino todas las fuerzas humanas son impotentes.

¡Que la maldad rompa toda la barrera; que juicios brutales sean ejecutados inicuamente; que se asesine á los héroes de la libertad; que se tenga la crueldad de obligar á nuestros amigos á asistir á estos suplicios; que se viole el derecho; que se oprima á los inocentes! No importa. Dios manda, y á su hora dirá: «Basta.» Y el orden volverá.

Conservemos nuestra fe en el Señor y aceptemos su voluntad soberana. La libertad que defendemos nos viene de Él. Nuestro deber es combatir por ella hasta el último momento.

¡Maldición sobre nosotros si no defendemos nuestra independencia! Pero no devolvamos mal por mal. Tratemos con clemencia á los prisioneros de guerra, no sigamos el mal ejemplo del enemigo.

Bien sé que la opinión pública desaprueba á veces una generosidad que juzga excesiva. Pero el Señor ha dicho: «La venganza me pertenece.»

Nuestras mujeres y nuestros hijos están reducidos á la cautividad, á la miseria y á la muerte. Se espera de este modo exterminar nuestra raza. Pero confiemos en Dios.

Dios hasta ahora nos lleva de su mano derecha. Ha hecho surgir entre nosotros hombres que, bajo su inspiración, hacen verdaderos milagros, tales como los que se cuentan en la vieja Historia Sagrada.

Ya ve usted lo que acaba de pasar en estos últimos tiempos. ¿Qué hubiéramos hecho si Dios no hubiese combatido á nuestro lado y no nos hubiera defendido contra todo desaliento y desconfianza? Nosotros no somos más que hombres, y lo que Dios hace por nosotros es sobrehumano. Él nos llevará á la victoria final, porque al lado de Dios están también el Derecho y la Justicia.

Ya dije al principio de esta guerra que habían de verse en ella cosas extraordinarias que sorprenderían al mundo entero. Y no lo dije porque confiase en nuestras propias fuerzas. Sabía los escasos recursos del pueblo boer. No pretendía profetizar, pero tenía una confianza inquebrantable en las promesas infalibles del Señor, que ha dicho: «Llamadme cuando su-

fráis la ansiedad y os ayudaré.» Los que no creen todavía en la fuerza milagrosa del Señor, se verán forzados á creer cuando vean obrar su mano poderosa en el Africa del Sur.

Se ha pretendido la anexión de nuestras Repúblicas á una potencia extranjera; se nos quiere hacer renunciar á nuestra Patria y á nuestra nacionalidad. Pero á los ojos de Dios esta anexión es nula, porque nuestros libres ciudadanos no conocen más dueño que el Altísimo. De El les vienen sus derechos y sus libertades, y mientras El no las retire, ellos sabrán defenderlas hasta la muerte.

Se ha dicho que la guerra había terminado, que la paz se había establecido nuevamente en nuestros distritos, y que no quedaba de nosotros más que algunas partidas de rebeldes y de bandidos. Ya es hoy evidente para el mundo entero que estas afirmaciones son completamente falsas.

Se nos ha ofrecido la paz con gracias y amnistias, unidas á una asistencia financiera para reparar nuestras pérdidas. ¿Pero á qué precio? A precio de nuestra independencia. No se puede comerciar con la libertad de los pueblos.

Todos los tesoros de la tierra no podrían comprar nuestra libertad, porque es Dios quien nos la ha dado y no podríamos renunciar á ella sin renunciar á Dios y merecer su maldición.

Hemos acudido, como era nuestro deber, á un arbitraje internacional, después á la conciencia de los gobiernos. Hasta el día no se nos ha escuchado.

Sin embargo, no hemos perdido nuestra fe.

Dios llamará por fin á los gobiernos y les obligará á seguir un camino y á detenerse en el lugar que El les indique.

No será el gobierno inglés excluido de este llamamiento, cuando Dios le ordene que acepte nuestro honrado arbitraje de paz y de amistad.

El gobierno y el pueblo inglés se inclinarán entonces ante la voluntad divina.

Hemos sufrido muchas crueldades y muchas injusticias. Mi conciencia cristiana no me permite el odio. Deploro los errores y los sufrimientos del pueblo inglés, porque en este pueblo hay muchos hombres que quisieran seguir con nosotros el camino cristiano.

Se ha dicho al pueblo inglés que nosotros éramos los opresores de los extranjeros. La experiencia ha probado lo contrario.

Bajo tal afirmación se encubría la codicia de financieros y negociantes sin escrúpulo, que no trataban sino de apoderarse de nuestros campos auríferos.

Se ha dicho que se luchaba por la igualdad de derechos y que no se buscaba ni la extensión de territorio ni la anexión. Esto es falso. Para robarnos nuestros derechos y nuestro territorio se arrastra únicamente al pueblo inglés á esta guerra funesta.

La historia de esta guerra no ha sido, hasta el presente, sino una conspiración contra la verdad. Cuando los hechos aparezcan patentes, cumple á Inglaterra avergonzarse.

Sus autoridades no han terminado aún con el sistema de errores voluntarios. Se acude á toda clase de sofismas para prolongar la paciencia del pueblo inglés. Se pretende que nuestra independencia es incompatible con la paz en el Africa del Sur. Es una calumnia. Por el contrario, si se nos rehusa la independencia, la guerra y el desorden serán interminables en el Africa meridional.

Se dice que las autoridades civiles y militares de Inglaterra son dueñas de las dos Repúblicas, y que las administran y las gobiernan. Los ingleses no son dueños sino de la tierra que pisan sus tropas. En todas partes, y nuestro país es vasto, la autoridad está en manos de nuestros magistrados.

La conquista, lejos de progresar, retrocede.

Cada día cuesta á Inglaterra una enorme cantidad de dinero, y, lo que es peor, una sensible disminución de su prestigio, de su honor, de su influencia política.

Los hechos confirman mis palabras.

Una paz honrosa es todavía imposible.

El día en que el gobierno y el pueblo inglés abran sus ojos á la evidencia, se hará la paz sin demora alguna. La guerra se prolonga hoy sólo por la avaricia y la perfidia de nuestros adversarios.

## La última lección.

(NARRACIÓN DE UN NIÑO ALSACIANO)

Hemos llamado á muchas puertas pidiendo original para este número.

Casi todas se nos han abierto; pero otras, en cambio, han permanecido cerradas á nuestros golpes. ¡Hay por estas tierras tanta gente que no oye bien!

El lector notará desde luego en estas páginas la falta de alguna que otra firma, de algún que otro ilustre D. Fulano. Para subsanar estas omisiones, de las que juramos no ser responsables, hemos evocado al espíritu generoso del generoso Daudet y le hemos pedido autorización para reproducir en este número su hermoso y patriótico cuento *La última lección*.

Daudet ha accedido á nuestro ruego, y ahí va su cuento. Con lo que el lector sale ganando. Dicho sea sin ofender á nadie.

Con excesivo retraso iba yo aquella mañana á la escuela, y llevaba mucho miedo de que me riñesen, no solamente por llegar tarde, sino también porque M. Hamel nos había anunciado que pensaba dirigirnos algunas preguntas acerca de los participios, y yo no sabía una palabra de esa materia. Asaltóme por un momento la idea de faltar á clase y de dar un buen paseo por el campo.

¡Estaba tan hermoso el día!

Cantaban los mirlos en los linderos del bosque, y en el prado Rippert, detrás del aserradero, hacían los prusianos el ejercicio. Más tentador era, sin duda, todo esto que la regla de los participios; pero tuve fortaleza contra la tentación, y me dirigí, á todo correr, al colegio.

Cuando pasé por delante de la alcaldía, noté que muchas personas se hallaban paradas cerca del tablón de edictos. Hacía dos años que de aquel sitio salían siempre todas las malas noticias: las batallas perdidas, las requisas, las órdenes de la comandancia; pensé, por lo tanto, sin dejar de correr: —«¿Qué habrá aquí todavía?»

Entonces, como atravesase yo la plaza á la carrera, el herrero Wachter, que estaba allí con su aprendiz como disponiéndose á leer, me gritó:

—Muchacho, no te des tanta prisa; llegarás bastante temprano de todos modos al colegio.

Pensé que se burlaba de mí, y penetré casi sin aliento en el patinillo de M. Hamel.

Produciase ordinariamente al comenzar la clase gran alboroto, que se oía desde la calle: el cerrar los pupitres abiertos, las lecciones que en voz alta repetían todos á un tiempo, y tapándose los oídos para aprenderlas mejor, y la regla del maestro que golpeaba en las mesas para imponer:

«¡Un poco de silencio!»

Con todo esto contaba yo para llegar á mi asiento sin ser visto; pero

precisamente aquel día estaba todo silencioso como en mañana de domingo. Veía yo, por la ventana abierta, á mis condiscípulos ya colocados en sus respectivos sitios y á M. Hamel que paseaba con la terrible regla bajo el brazo. Fué menester que yo abriese la puerta y entrase en la clase en medio de aquella calma profundísima. Calcúlese si estaría avergonzado y si sentiría miedo.

Mi temor resultó infundado. M. Hamel me miró sin enojo, y me dijo con mucha dulzura:

—Ve pronto á tu sitio, querido Franz; íbamos á comenzar sin ti.

Subí en el banco, y en seguida me senté delante de mi pupitre. Sólo entonces, ya un poco repuesto de mi espanto, eché de ver que nuestro profesor tenía puesto su hermoso gabán verde y llevaba su chorrera bien rizada y su casquete de seda negra bordado, prendas todas que no usaba sino en los días de visita de inspección ó de distribución de premios. Pero lo que más me sorprendió fué ver allá, en el fondo de la sala y en los bancos que por lo común quedaban vacíos, á varios vecinos del pueblo, sentados y silenciosos como nosotros: Hauser el viejo con su sombrero de tres picos, el antiguo alcalde, el antiguo cartero y muchas otras personas. Todas ellas parecían tristes; y Hauser había llevado un silabario muy viejo, comido en los bordes, y le tenía abierto de par en par sobre sus rodillas, con los anteojos colocados á través de las páginas.

Mientras observaba yo todas estas cosas que me admiraban, M. Hamel había subido á su cátedra, y con el mismo tonó de voz dulce y grave que había empleado al dirigirse á mí, nos dijo:

—Hijos míos: esta es la última vez que os doy lección. De Berlín ha llegado la orden de que en los colegios de Alsacia y de Lorena no se enseñe más idioma que el alemán... Mañana llegará el otro maestro. Hoy vais á escuchar la última lección de lengua francesa. Os suplico que estéis muy atentos.

Estas pocas palabras me trastornaron. ¡Ah! ¡Miserables! He ahí lo que habían hecho fijar en la alcaldía.

¡Mi última lección de francés!

¡Y yo que apenas sabía escribir! ¡No me sería ya posible aprenderlo nunca! ¡Me sería preciso quedarme como estaba! ¡Qué enojo sentía yo contra mí mismo por el tiempo que había malgastado, por mis faltas á clase para buscar nidos ó patinar en el Saar! Mis libros, que muy pocos minutos antes me parecían tan fastidiosos y tan pesados: mi Gramática, mi Historia Sagrada, parecíanme ahora amigos antiguos que me afligían mucho al abandonarme. Lo mismo que M. Hamel. La idea de que iba á partir, de que yo no volvería á verle, hacía me poner en olvido las repri-mendas y los palmetazos.

¡¡Pobre hombre!!

En honra de esta su última lección, se había vestido las galas de los días solemnes; entonces comprendí por qué aquellos ancianos del pueblo habían venido á sentarse al extremo de la sala. Significaba aquello que deploraban entonces no haber ido más frecuentemente á esa escuela. Era también un modo de dar gracias á nuestro maestro por sus cuarenta años de buenos servicios, y de cumplir deberes contraídos con la patria que se iba...

En esto me hallaba de mis reflexiones, cuando oí al maestro que me llamaba. Habíame llegado el turno de decir la lección. ¡Cuánto habría dado yo por hallarme en condiciones de decir de cabo á rabo, en voz alta, clara, segura, sin equivocarme una sola vez, aquella famosa regla de los participios! Pero desde las primeras palabras me hice un lío, y permanecí de pie, balanceándome en el banco, con el corazón triste y los ojos bajos. Oí entonces á M. Hamel, que me decía:

—No voy á reñirte, hijo mío; debes de estar ya bastante castigado...

Ahí tienes lo que ocurre. Nos decimos todos los días: ¡Bah! Hay tiempo de sobra. Mañana aprenderé esto... y después...; ya estás viéndolo... ¡Ah! la mayor desdicha de nuestra Alsacia ha sido la de dejar siempre su instrucción para mañana. Ahora esas gentes tienen derecho á decirnos: ¡Cómo se entiende! ¡Vosotros sois los que pretendéis ser franceses, y no sabéis escribir, ni hablar vuestra lengua...!» En todo eso, pobre niño, no eres tú por cierto el más culpable. Todos tenemos bastante que reprocharnos.

»Vuestros padres no se han interesado bastante por veros instruídos. Preferían enviaros á labrar la tierra ó mandaros á las fábricas para tener algunas monedas más. Yo mismo, ¿no tengo, por ventura, nada de qué arrepentirme? ¿No os he obligado con frecuencia á que reguéis mi jardín en vez de trabajar? Y cuando he querido ir á pescar truchas, ¿he tenido dificultad en despediros?»

Entonces, y pasando de unas cosas á otras, pusóse M. Hamel á hablarnos de la lengua francesa, diciéndonos que es la lengua más hermosa del mundo, la más clara, la más sólida; que era necesario conservarla entre nosotros y no olvidarla nunca, porque cuando un pueblo cae en la esclavitud, en tanto conserva bien su lengua, tiene las llaves de su prisión... Después tomó una gramática, y nos leyó la lección. Asombrábame yo de ver cómo lo comprendía todo. Todo lo que el maestro decía parecía-me fácil, facilísimo. También creo que nunca había yo escuchado tan atentamente, ni M. Hamel jamás había explicado con tanta paciencia. Habriase dicho que, antes de ausentarse, el pobre maestro quería dejarnos todo su saber, y hacer que entrase en nuestras cabezas de una vez sola.

Concluida esta lección se pasó á la escritura. M. Hamel nos había preparado para aquella mañana muestras nuevas, en las cuales aparecía escrito en hermosa letra redondilla: *Francia, Alsacia, Francia, Alsacia*. Formaba esto como banderitas que flotaban alrededor de la clase, pendientes de las varillas de nuestros pupitres. ¡Era preciso ver cómo nos aplicábamos todos! ¡Y qué silencio había! Solamente se oía el crujido de las plumas sobre el papel. Algunos abejorrones entraron; pero nadie les prestó atención, ni aun los párvulos, que ponían empeño en hacer sus palotes con un entusiasmo y tan á conciencia como si aquello fuera francés. Algunas palomas arrullaban en el tejado de la escuela, y yo, al escucharlas, me decía:

«¿Obligarán también á éstas á que arrullen en alemán?»

De vez en cuando, siempre que yo levantaba de mi plana los ojos, veía á M. Hamel inmóvil en su asiento y mirando con fijeza todos los objetos que le rodeaban, como si hubiese querido llevarse en la mirada toda su casita de la escuela... ¡Calcúlese! Hacía cuarenta años que diariamente se sentaba en aquel mismo sitio, con su patio enfrente de él y la clase parecida siempre. Sólo los bancos y los pupitres se habían desgastado por el uso; los nogales del patio habían crecido, y el lúpulo que él mismo había plantado adornaba ahora las ventanas hasta el techo. ¡Qué quebranto habría de ser para aquel pobre hombre el abandonar todas estas cosas! ¡El oír á su hermana, que iba y venía, en la habitación de arriba, disponiéndose á cerrar las maletas! Porque al día siguiente debía partir á ausentarse del país para siempre.

Así y todo M. Hamel tuvo el valor de darnos la clase hasta el fin. Después de la escritura dimos la lección de historia; á continuación los párvulos cantaron juntos el *ba, be, bi, bo, bu*.

Allá, en el fondo de la sala, Hauser el viejo se había puesto los anteojos, y sosteniendo el silabario con ambas manos, deletreaba con los pequeños. Se veía que él también se aplicaba; temblábale la voz de emoción, y el oírle producía tal extrañeza, que todos teníamos ganas de reír y de llorar. ¡Ah! ¡Recordaré siempre este último día de escuela!

De pronto el reloj de la iglesia dió las doce; después las campanas tocaron el *Angelus*. En el momento mismo las trompetas de los prusianos, que tornaban del ejercicio, resonaron bajo nuestra ventana. M. Hamel se levantó de su cátedra horriblemente pálido. Nunca me había parecido tan alto.

—Amigos míos—dijo:—amigos míos; yo... yo...

Pero alguna cosa le ahogaba. No le fué posible terminar su frase.

Entonces se volvió á la pizarra, tomó un pedazo de tiza, y, apretando con todas sus fuerzas, escribió lo más grueso que pudo:

¡VIVA FRANCIA!

Después permaneció allí, con la cabeza apoyada en la pared, y sin hablar hízonos con la mano una seña que significaba:

«Esto ha terminado...; idos.»

ALFONSO DAUDET

---

## NO APRUEBO

---

Admiro el rasgo de Delarey, pero no lo puedo aplaudir ni lo sabría imitar. Romances hermosos como ese no faltan en nuestra historia guerrera del siglo xv; pero los moros granadinos eran dignos de los paladines castellanos, y los ingleses no son dignos de los boers.

¿Es política? ¡Ah! El gran Delarey de los iberos, Viriato, creyó desarmar á Roma soltando á su general Serviliano con todo el ejército, caído en su poder; y Roma pagó á Viriato hostigándole en su retiro y suscitándole traidores entre su misma servidumbre que lo asesinaran. Inglaterra no perdonará al héroe transvaalense su generosidad, y tarde ó temprano la hazaña de Cepión ha de repetirse.

¿Es sentimiento? Pero la guerra de defensa contra brigantes no es juego de cañas ni se hace evangélica ni tolstonianamente. Quien esgrime la espada en defensa del derecho hollado, ha de poner en ella algo de su hiel. De otro modo, para ser sencillos como la paloma, pero no cautos y desconfiados como la serpiente; para vencer, pero no saber aprovecharse de la victoria—vale más que se sometan de una vez, y cese esa impía sangría que está destruyendo con horrible martirio al pueblo más noble de la tierra, y suba á todos los altares el Júpiter que Albión adora con nombre de Cristo, y caiga sobre el mundo la afrenta de haber consentido el más odioso y cobarde de los crímenes.

JOAQUÍN COSTA

---

## LA POESÍA

---

¿Versos? ¡Ah, no! La poesía está amordazada por *el Espíritu que niega*. Sólo entre el mismo pueblo boer se comprendería un canto épico. En otras naciones más *reflexivas*, la oda arrancada del corazón, por inspirada que fuese, no serviría de acicate al entusiasmo, sino de pasto á los corrillos, que rebuscaban en ella incorrecciones y ripios, haciendo chistes con las lágrimas del poeta.

Quien no pueda correr á morir con ese pueblo, resto superviviente de las edades heroicas, calle y admire.

EMILIO FERRARI

## ¡A IMITARLES!

Lleno de entusiasmo, poniendo alma y vida en la empresa, sentéme á escribir unas cuartillas que expresaran mi admiración por los boers; pero al recordar su grandeza y nuestro raquitismo, oprimí la pluma con rabia impotente; las cuartillas quedaron hechas jirones y entre ellos borrado lo que decir quería.

No; los hijos de España no somos dignos ni aun de nombrar á los boers. Haber entregado bajamente nuestras colonias á cuatro mercachifles; haber hecho anicos una hermosa leyenda; vernos pisoteados por la monarquía, explotados y embrutecidos por el sayal, despojados y prostituidos por cuatro vividores sin honor ni conciencia, que nos arrojan bajo las patazas del fraile; vernos de ese modo y asistir tranquilamente al festín de la vida, en vez de estar en la barricada, en el destierro, en el presidio, ó en el sepulcro, con el cráneo destrozado, para que nuestro esqueleto certificara siempre que allí hubo un patriota; tratar de vivir revolviéndonos en el fango y querer desde él felicitar á los boers, es odioso: les ofenderíamos. Llevar unas cuantas flores de trapo á un pueblo á quien la humanidad entera concede la indestructible palma del heroísmo, es un sarcasmo.

No; nosotros somos indignos de felicitarles; de hacerlo, nos expondríamos á que nos dijeran despreciativamente:

—¡Cobardes, imitarnos!

PASCUAL MILLÁN

## PROFECÍA

(QUE ME ALEGRARÉ DE QUE SE CUMPLA)

No hay un ejemplo en la Historia  
de ser vencido en la guerra  
el pueblo que honradamente  
lucha por su independencia.  
Las naciones poderosas  
contra la razón se estrellan,  
como el mar embravecido  
viene á morir en la arena.  
Y es en vano que se engrían  
los colosos de la tierra:  
¡la justicia triunfa siempre  
del dinero y de la fuerza!  
Un enano se levanta  
mientras los gigantes tiemblan,  
y ahogada por el enano  
va á perecer Inglaterra,  
derrochados sus tesoros,  
deshonrada su bandera  
y castigada en su orgullo  
por la justicia suprema.

SINESIO DELGADO

## TESTIMONIO DE ADMIRACION

El pueblo boer, por su vigor, sus heroicos y perseverantes esfuerzos de indomable amor á su independencia, escribe con su sangre una epopeya, sin igual ni aun en las épocas fabulosas y anteriores á la Historia.

Ya que en el viejo continente europeo no se juzgue capaz á ningún pueblo de llevar á tanta exaltación el valor ni el sacrificio, nadie puede negarle, y todos unánimemente expresan su admiración por la tenacidad con que mantienen tan desigual y titánica lucha con el mayor coloso de los tiempos modernos.

Esperemos que Dios premie tan noble ejemplo de energía y de patriotismo, ya que, para mengua de la civilización, no hay quien, oyendo la voz de la justicia, ampare ni acuda á proteger á esos valientes héroes.

F. ROMERO Y ROBLEDO

## UNA PROPOSICIÓN

No cabe mayor afrenta para el mundo civilizado que la inicua guerra sudafricana.

Si Europa fuere republicana no consentiría tamaño baldón.

La Europa monárquica sigue cruzada de brazos contemplando inactiva, ya que no indiferente, el horroroso sacrificio del heroico pueblo boer.

Alíentanos la esperanza de «que no puede esclavo ser pueblo que sabe morir», como dijo Bernardo García en su poesía al 2 de Mayo.

Al principio de dicha guerra se me ocurrió promover entre los ganaderos el acuerdo de negarnos á venderles caballos y mulas á los ingleses, seguro de que, si el ejemplo cundía, pondríamos término á la guerra. El temor del fracaso y del ridículo me hizo desistir de mi propósito, limitándome á cumplir con mi deber en la mínima parte que me afectaba.

Hoy considero factible y eficaz á nuestro propósito el que los obreros de Europa y quien sabe si también los de América, rechazasen la carga y descarga de los buques ingleses.

A los socialistas correspondería acometer esta gloriosísima empresa.

Como las personas acomodadas debemos contribuir á tan noble empeño, podremos hacerlo entregando á los organismos directivos de los socialistas el importe aproximado de los jornales que los obreros dejarán de percibir.

Si se considerase preferible realizar dicha operación en cada uno de los puertos, téngaseme por inscrito en el de Alicante, á cuyos trabajadores del muelle entregare la cantidad que me corresponda.

J. M. ESQUERDO

## MI VOTO

Del oro del Transvaal enamorada  
sus legiones Albión sobre él envía,  
y la cobarde Europa ve asombrada  
el torpe anhelo y la contienda impía.

Plegue á Dios, Delarey, que á sus legiones  
una vez y otra vez tu hueste venza,  
y en el rojo color de sus pendones  
se escriban vuestra gloria y su vergüenza.

MANUEL DEL PALACIO

## SUBLIME

---

No; los anales del heroísmo no registran nada semejante. Los vencedores de Maratón peleaban con una muchedumbre de bárbaros sin cohesión ni disciplina. España, aunque decaída, era una nación relativamente poderosa, y Napoleón distrajo sus fuerzas en otros empeños. Valerosamente defendió Polonia su existencia, pero sucumbió. Lucha comparable á la que están sosteniendo los boers, con asombro del mundo, no la recuerda la Historia.

Ni tampoco magnanimidad tamaña. ¡Aprended vosotros, hombres llenos de rencor, para quienes las guerras civiles han sido contiendas de canibales! Gota á gota ha ido destilando Inglaterra en el alma del pueblo boer la hiel que fermenta en odios inextinguibles. Usurpa una y otra vez su suelo, y le fuerza á la emigración; pretende intervenir como soberana en sus asuntos interiores, ampara la criminal tentativa de un aventurero, emprende una guerra inicua movida por la sed del oro, lleva el país á sangre y fuego, y trata como rebeldes á los que defienden su derecho, su patria y su hogar. ¡Y los boers desarman á los prisioneros ingleses y les dejan ir en paz, mientras sus mujeres y sus hijos mueren de miseria en los campos de concentración! ¡Y el gran Delarey pone en libertad á Methuen cautivo, él que ha perdido un hijo en esta infame guerra de despojo! ¡Aprended, hombres de rencor, vosotros que os decís defensores de la religión y milites de Cristo, aprended cómo los héroes de verdad saben vencer y perdonar!

ALFREDO CALDERÓN

---

## GLORIAS GEMELAS

---

Es una delicada idea la de enviar una corona de laurel y oro á los heroicos defensores de la libertad y los derechos del Transvaal y Orange, en nombre de un pueblo que, si ha sufrido grandes humillaciones por la codicia ajena y por los yerros propios, también ha sido á sus horas pueblo de boers intrépidos y tenaces.

Si mi pensamiento fuese fácilmente realizable, yo propondría que en las doce hojas de laurel de esa corona se inscribieran y hermanaran estos doce nombres:

KRÜGER  
EL EMPECINADO  
DELAREY—PALAFOX  
CRONJE—MINA  
BOTHÁ — EL TÍO JORGE  
JOUBERT  
ALVAREZ DE CASTRO  
DE WET  
AGUSTINA DE ARAGÓN

Triste es para nosotros tener que buscar en el pasado glorias gemelas

de las que hoy se conquistan en el Africa Austral; pero si no es en aquellos viejos y olvidados jardines, ¿dónde vamos á cortar laureles para los boers?

MARIANO DE CAVIA

---

No codiciarás los bienes ajenos.  
Apoderarse de ellos contra la voluntad de su dueño, es delincuente.  
Boers: siendo tan pocos, estáis demostrando que os asiste Dios. Porque Dios es la justicia.

FEDERICO RUBIO

---

Nuestra leyenda rota, nuestra gloria desvanecida, reaparecen por un milagro de transfusión espiritual, en lejano rincón de Africa.

El alma española puede creerse viva y triunfante viendo cómo sobre los duros corceles boers cabalgan el *Cid* y *Don Quijote*.

No es sólo la justicia de nobilísima causa lo que de esa guerra anglo-africana nos llega al corazón; es que en cierto modo parece resucitar allí cuanto fué sepultado en Cavite y Santiago de Cuba: la poesía de un gran pueblo, nuestro eterno salmo davidico contra todos los Goliath del mundo.

Vayan hacia aquel rincón africano nuestras melancolias; ellas son el mejor saludo al puñado de heroicos pastores, que continúan sencillamente nuestro romancero.

JULIO BURELL

---

## TEMPLE DE ACEROS

---

A LOS BOERS

Vuestras espadas, al valor templadas,  
ultrajan las de ingleses traicioneros,  
de hojas por la riqueza empavonadas;  
y, al chocar en los vuestros sus aceros,  
saltan al aire rotas sus espadas.

SALVADOR RUEDA

---

## ¡ALELUÍA!

---

También en España existe un partido de Inglaterra contra el Transvaal.

Es el partido de los que han leído á Darwin sin comprenderlo y de los que jalean el recuerdo, ya yerto de Nietzsche, porque con la emisión al mercado de las ideas, del superhombre, pudo halagar el extraño filósofo, quizás sin saberlo, ineptas y múltiples vanidades. ¿Estaré en el caso de añadir que me refiero al partido de los «hombres fuertes»?

Ese partido ha existido de toda eternidad en el mundo: era el encargado de interpretar la ley entre los hebreos, y se llamó «escriba»; es el que se arroga el derecho de glosar la vida entre nosotros, y se llama «fariseo». No reniega el pasado, y apenas osa pronunciar distintamente este vocablo mágico: mañana. ¿Por miedo á penetrar y compenetrarse con el

Misterio? Que no. Por miedo al ridículo. Ha declarado en quiebra al sentimiento, tiene en proceso al corazón humano, y días pasados dedicó muy contadas líneas de prosa plebeya á decir al mundo, entre dos anuncios industriales, que Campoamor había muerto. Es el partido de los «hombres fuertes», repito, el partido de Inglaterra contra el Transvaal, de Chamberlain contra Krüger, de los Juanillones contra la casa de usted ó la mía y de la fuerza contra el derecho.

La historia de ese pleito con sangre entre robados y robadores, que se llama la guerra del Transvaal, no puede, por los elementos que la constituyen, ser admitida en justicia, como pretenden los amigos de la gastrófora Albión.

Presentes están en la memoria de todos, los pródromos de la actual lucha: Jameson, Cecil Rhodes, toda esa larga hilera de nombres expresivos de hombres de presa, y aquellos días de angustia en que la conciencia europea pudo preguntarse si habíamos vuelto á los tiempos de los piratas berberiscos, al ver partir de las costas inglesas, armados en guerra, interminable teoría de bajeles, tripulados por rabiosos mercaderes mejor que por guerreros, y antes preocupados del botín que de la gloria, con rumbo al Sur de Africa, con rumbo á la infamia y á la derrota, argonautas sin grandeza que por la obsesión del penique se lanzaban á la conquista hipotética del vellocino de oro.

Presentes están en la memoria de todos los pródromos de la actual lucha. ¿Cómo no, constituyendo esos factores baldón y estigma indelebles sobre los lomos de la vieja Europa? Pero el partido de los «hombres fuertes» ha decretado que Inglaterra, por ser más fuerte—¡siempre la fuerza!—tiene razón, y que Inglaterra vencerá.

¡Oh, no; los que han vencido, cualesquiera que sean las contingencias futuras de la lucha, son Cronje, Botha, Dewet, Delarey; el último héroe, eres tú, ¡Krüger oh, viejo sublime, cantado por Homero, que te presintió, ensalzado en coros inagotables y eurítmicos como odas, por todas las lenguas libres del planeta; Krüger, soberbio Moisés de un pueblo que sólo acepta la muerte á condición de la inmortalidad!

ALEJANDRO SAWA

---

## UN CONSEJO

---

Me permito dar á los españoles casados el de que impidan á sus mujeres leer lo que la prensa dice acerca de las hazañas de los boers, lo mismo que á los padres que tengan hijas.

¿Por qué? Por evitar que hagan comparaciones, se avergüencen de sus maridos y de sus padres, y sientan deseos de que vengan á España, si son vencidos, los colosales representantes de las viriles ideas de patria, libertad, honor é independencia.

JOSÉ NAKENS

---

## PREGUNTA

---

Me he preguntado muchas veces: Si España estuviera habitada por los boers, ¿qué hubiesen hecho á estas horas de la Monarquía, de Sagasta, de Silvela, del Padre Montaña, de Necedal y de los carlistas?

RODRIGO SORIANO

## AGRADECIMIENTO

El heroísmo de los boers pide de todos los pueblos admiración: de España, gratitud.

Por la senda gloriosa que ahora siguen llenos de fe los generales transvaalenses, pasaron antes, invencibles también, los caudillos de la Independencia española.

¡Hace ya tanto tiempo!...

Por eso digo que debemos agradecer más que admirar los triunfos de los boers.

Nos hacía falta escribir su historia para no dudar de la nuestra.

MIGUEL MOYA

---

Como la carne sana expulsa la espina que la hiere, la raza boer expulsa al inglés.

La fe antigua habla de milagros en que los menos vencen á los más. La ciencia militar de Napoleón substituyó la palabra «milagro» de la antigua fe por la palabra «prodigio» del moderno progreso.

Milagro... Prodigio... Son dos formas de expresar la misma idea.

Dios, la suma justicia, bajando hasta el hombre para hacerle triunfar de la iniquidad, eso es el milagro.

El hombre, en ansia constante de lo justo, subiendo hasta Dios, para ofrecerle como holocausto el sumo esfuerzo de su voluntad, eso es el prodigio.

El pueblo boer, ascendiendo por la escala del sacrificio, ha unido esos dos conceptos de un mismo suceso histórico: la memorable campaña del Transvaal.

J. ORTEGA MUNILLA

---

## CONTRA EL CÉSAR

Pudiera creerse leyendo ligeramente estas líneas que no aplaudo al pueblo boer, con quien nos une á todos los desdichados, el odio al enemigo común. Ya se verá que juzgo con independencia, y que por ello soy un entusiasta admirador del valiente pueblo africano que traspasó el Wal, como los israelitas el Nilo, buscando la soñada tierra de promisión.

En la ya larga lucha entre boers é ingleses, son éstos quienes debieran de tener las simpatías de los pueblos cultos; porque Inglaterra es la civilización y el Transvaal es el egoísmo.

Gracias á los ingleses podemos recorrer las cuatro quintas partes del planeta. Ellos han creado factorías, navegaciones regulares, ferrocarriles, gobiernos autónomos, pero siempre intervenidos por Europa, y una constante relación comercial.

Los boers son calvinistas fanáticos, avaros de lo suyo, y que han dificultado exageradamente la naturalización de los extranjeros en aquella riquísima República. Por esto no era posible que tuvieran el apoyo de Europa; y si alguna nación se le ha facilitado secretamente habrá sido por odio á Inglaterra.

Porque Inglaterra es la razón social, y el Transvaal es la razón humana. Y todas las luchas en que vivimos y que toman diversos nombres, no siempre justificados, se reducen á esa lucha entre dos razones: la de la

sociedad y la del individuo: ¿la felicidad social es ajena á la felicidad de los individuos, ó es la suma de esas felicidades individuales?

Si Inglaterra vence, vence la civilización y vence Europa; y, sin embargo, la mayor parte de los europeos simpatiza con los boers: ¿por qué? Porque el individualismo va llegando á todas las conciencias; porque el bien social, si existe, está más acaparado por unos cuantos poderosos que constituyen las oligarquías de cada país; porque el número de los desdichados aumenta considerablemente por reproducción y por evolución; porque la palabra amor no existe en ninguna ley; porque la caridad no es función del Estado, y porque la regalada vida de diez monárquicos, de diez republicanos y de diez socialistas, no justifica que el resto de la humanidad se muera de hambre ó de miedo.

Si los boers triunfan se quedarán en su patria entre sus minas y sus rezos: es cierto que no nos abrirán sus puertas, pero tampoco vendrán á fracturar la nuestra.

Si Inglaterra triunfa, llenará el territorio de ferrocarriles que nos transportarán por nuestro dinero cuando el Estado quiera; de telégrafos, que nos pondrán en relación por nuestro dinero y cuando el Estado quiera, y de imprentas que, por nuestro dinero, divulgarán los pensamientos que le convenga al Estado: ¿y eso es una civilización? Más bien parece la más miserable de las explotaciones.

Ha llegado la hora del código biológico: es preciso que la antropología informe las leyes étnicas, y, por consecuencia, las leyes sociales, y se desharán las sociedades, ó en aquellas que persistan no serán posibles esa barbarie que se llama César y esa barbarie que se llama revolución.

Por eso en la guerra sudafricana olvidamos el egoísmo que nuestro instinto nos sugiere, y con las altezas de nuestra razón, con la vehemencia de nuestros sentimientos y con todo lo culto y lo hermoso que hay en nosotros gritamos:

—¡Vivan los boers!

SILVERIO LANZA

---

DE MIS RECUERDOS

## KRÜGER

¡Qué satisfacción poder decir: «Yo he visto á Krüger, yo he saludado al viejo león del Transvaal!»

Casi me dan ganas, en la candidez de mi entusiasmo, de recordar la frase de aquel soldado de las huestes de Napoleón, que, herido mortalmente en el campo de batalla, gritaba: «¡Muero contento porque he visto de cerca al emperador!»

Fué allá á fines del pasado Noviembre, cuando Krüger hizo su entrada *triumfal* en París.

Sí, *triumfal*, repito la palabra.

La *gare* del Norte había sido invadida por la multitud desde las primeras horas de la mañana. ¡Y qué entusiasmo el de aquellos generosos parisienses! Para hacer tiempo y distraer la impaciencia se había anticipado la ovación y se gritaba:

—¡Viva Krüger! ¡Vivan los boers!

Dieron las diez. Llegaba el momento solemne. La multitud, anhelante, cesó de gritar. Se oía ya cercano el silbido de la locomotora. Entonces comenzaron de nuevo las aclamaciones.

—¡Viva el *tío Pablo*! ¡Vivan los pueblos libres!

El tren entró rápido como una flecha y se detuvo de improviso, ennegreciendo el andén con negros espumarajos de humo...

De pie en el vagón, la cabeza descubierta, la cara sonriente, se nos apareció al fin el presidente Krüger, rodeado de sus consejeros y amigos.

¡Qué admirable ejemplar humano el viejo *tío Pablo*!

Alto, muy alto, gigantesco, de anchos hombros y recias espaldas, la cabeza enorme — ¡digna cabeza de tal cuerpo! — los ojos ensangrentados, de mirada triste; la boca de labios caídos y expresión desdeñosa; la barba recia, blanca á trechos; la nariz deforme...

¡Pero qué expresión de abatimiento y de tristeza en todo su ser! ¡Cómo se ve que le pesa ya la vida al buen anciano! Sus espaldas se han encorvado, su cabeza se inclina obstinadamente hacia el suelo, sus manos tiemblan con la debilidad de la senectud, sus piernas han perdido ya la agilidad y la fuerza, y sus ojos irritados, siempre húmedos, parecen llorar sangre... ¡Es un viejo roble, que se viene abajo, herido por el rayo!

Su traje era digno de la caricatura. No, no es un elegante como Chamberlain, el buen Krüger.

Su americana es demasiado ancha, su largo gabán, deslucido por el uso, es de un paño ordinario y feo; sus enormes zapatos de cuero recuerdan los del gigante del cuento que servían para andar mil leguas por hora...

¡Pues y su célebre sombrero de copa! No hay un ejemplar semejante en el mundo, es un sombrero único. Dentro de él, en su inmenso fondo, podría caber todo el Imperio británico, y dentro de él cabe la gran cabeza de Krüger.

El gran anciano no lleva orquídeas raras en el ojal de la americana, ni usa monóculo, ni se riza el pelo, ni se afemina el rostro con esos menajurges de tocador que usan las mujeres averiadas.

Es un hombre sencillo, un hombre de la naturaleza, de espíritu sano, de inteligencia fuerte, de voluntad de hierro, un poco salvaje por fuera, ¡pero qué bueno y civilizado por dentro!

Viéndole, estudiando su fisonomía, se comprende cómo no se han rendido aún los boers ante las legiones británicas; cómo no se han rendido y cómo no se rendirán.

A pesar de su debilidad física, producida por los años y por los sufrimientos, hay en el viejo presidente del Transvaal un no sé qué de fuerza extraordinaria que atemoriza y subyuga al mismo tiempo.

Se ve que ese hombre es una voluntad omnipotente, todopoderosa, sobrehumana, capaz de vencer los mayores obstáculos, capaz de vencer los mayores imposibles.

Había que oírlo dirigiéndose á la multitud. Su voz dura, de tonos opacos, sonaba amenazadora y solemne:

«*Nous ne nous rendrons jamais.*»

Y había una tal expresión de verdad en su cara al pronunciar estas palabras, que todos quedamos convencidos de que aquel hombre, al afirmar lo que afirmaba no mentía.

«Nosotros no nos rendiremos jamás.»

¡Frase digna de César ó Napoleón!

\* \* \*

La guerra del Transvaal «ha pasado de moda». ¿Quién se acuerda ya de Krüger? Solo, abandonado de todos, ha buscado un refugio en Holanda donde morir.

¡Oh! Si las grandes potencias europeas fuesen humanas, todavía podríamos decir al ilustre anciano:

— Viejo «papá» Krüger, las simpatías del mundo están contigo; haz que la voz de la razón y de la justicia sea oída y que termine pronto la cruenta lucha, reconociendo Inglaterra la independencia de las Repúblicas del Transvaal y del Orange.

MIGUEL SAWA



# Don Quijote

PERIÓDICO SATÍRICO

---

## PRECIOS DE SUSCRIPCION

---

MADRID, un mes, 1,00 peseta; trimestre, 2,50; semestre, 5; año, 10.

PROVINCIAS, trimestre, 3 pesetas; semestre, 6, año, 12.

EXTRANJERO, año, 15 pesetas.

**Número suelto, 15, cts.**

**Idem atrasado, 30 cts.**

A corresponsales y vendedores, 25 números, 2,50 pesetas.

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de D. Miguel Sawa.